

LA MEMORIA DEL FRÍO

*¿Qué músicas son éstas
hieren mis oídos
como hojas de otoño?*

J. Corredor – Matheos

*Hay un sordo dolor ante este frío oscuro que se
agolpa más allá de las horas de la vida.*

F. Brines

I

Vuela en la tarde
un bando de alondras
sobre el barbecho
que fue trival en marzo.
Vuelan cantando
hacia la luz de su cantar
desoyendo en su algarabía
las ofertas del frío.

Aquí nos dejan,
a las puertas de un otoño
en que, ya solos,
oímos nuestra voz,
la voz del frío
en su serena fuente.

II

Suenan sobre el tejado
las primeras gotas de lluvia.
Es un sonido apenas
perceptible
que transforma todo
lo que contienen
las cuatro paredes
de esta habitación.

Nada hay tan leve y casi mudo
que tanto diga sobre
el ritmo al que se acoge
el gozo de los días
en esta estación,

pero sólo se muestra
ante el que calla,
su decir.

III

Queda la huella sobre
el barro,
marcando el camino
de quien anda, sin querer
saberlo, hacia ese mismo
barro que lo espera.

IV

Traigo una alegría
recién venida del instante,
por la hoja de este olmo
que cae de su rama
y un segundo vuela
al aire
-no es de nadie-
para encontrar refugio
no buscado en el
tibio mantillo, que
la acoge en su hermandad,
la calma y la deshace.

V

Ahora
guarda el almendro
en el lento fluir de
la savia en su tronco
su secreto.
Ahora en su parda
y sola desnudez
ha decidido regalar
todo su futuro clamor
blanco y vivo.
Ahora, a quien
turbado de estima
bajo un cielo gris
lo contempla.

VI

Sin ofrecer resistencia,
cede al fuego -el sarmiento-
su materia.

Apenas dura en ascua
su frágil madera que
vuela en blancas pavesas.

Mientras su calor calma
la vieja estancia
acechada de invierno,
bebemos el fruto
al que cedió su vigor,
y en esta copa, su sólo olor
nos embriaga.

Así,
sin darse apenas cuenta
conviven, vid y hombre,
día a día, con la tierra.

VII

Sobre la más dura caliza
el líquen se derrama
invadiéndola,
y llegando hasta la
hiel que se escapa
de la roca, da comienzo
al ritual de vida:
movimiento y deterioro.

VIII

Un cetrero en la llanura
alza al vuelo un halcón
desde su guante.

Comienza en círculos
ascendiendo
su ansia de cielo y
presa hasta convertir
su bello plumaje
en un punto casi
indiscernible.

No se ve el aire
si no lo dibuja
el ave con su vuelo,
con sus alas da forma
a la altura en la que
nadie repara.

No tiene conciencia
de su momento
y sin saber por qué,
vuelve obediente
a la llamada del cetrero,
al guante que lo espera.
Mañana volará, otra vez,
de espaldas a su elegía.

El cetrero vuelve, también
obediente, a la rutina
de su cetrero mundo.

Es tan idéntica
la materia y tan
diferente el ser,
en el mismo lugar;
llamado desorden.

XI

Se oye llegar una
algarabía de cantos,
vienen acompañados
de una luz más cercana
a la vida y las horas van
corriendo a encontrarse
con el día.

Han vuelto las alondras.

Sus cantos ocultan
de nuevo la voz del frío,
pero nos queda su memoria.